

Lectura crítica de la universidad latinoamericana moderna/eurocéntrica. Hacia una propuesta decolonial

Danny Ramírez Ayérdiz | María Paz Aner Scott

Recibido: 14.03.17/Aceptado: 01.05.17

RESUMEN

En este trabajo, la autora y el autor, reflexionan respecto de cómo la universidad latinoamericana se encuentra inmersa en la modernidad eurocentrada. En el marco de esta discusión, se critica a la modernidad como matriz del sistema/mundo y a la universidad como neutralizadora de la propuesta moderna elaborada como resultado de la hegemonía de Europa/Norteamérica en los modos de producción del conocimiento y las subjetividades. Se anotan algunas situaciones contextuales que enfrentan a la universidad latinoamericana con esta modernidad que hoy exacerba la lógica mercadocéntrica como nunca antes en la historia y se adjuntan algunas aproximaciones a propuestas decoloniales para comenzar a pensar alternativas a las inquietudes desarrolladas.

PALABRAS CLAVE

Universidad latinoamericana, modernidad, decolonialidad, sistema/mundo, eurocentrismo.

ABSTRACT

In this work, the authors discuss on how the Latin American University is situated in the midst of the Eurocentered modernity. In the context, the authors make a criticism to modernity as it is the base of the world/system, and also to the university as an institution that neutralizes modern proposal elaborated as a result of the hegemony of Europe/North America in the manners of producing knowledge and subjectivities. There are brought to discussion some situations that face the Latin American university with the modernity that exacerbates the marketing logic like never before in the history, and also some approximations regarding some decolonial proposals made in order to think about alternatives to the issues that the authors present.

KEYWORDS

Latin American University, modernity, decoloniality, system /world, Eurocentrism.

Introducción¹



Danny Ramírez Ayérdiz (1990)
Feminista, doctorando en
Derechos Humanos por la
Universidad Nacional de
Lanús, licenciado en Derecho
por la Universidad
Politécnica de Nicaragua.
Docente asociado al Instituto
Centroamericano de Estudios
Jurídicos y Políticos ICEJP-
UPOLI. Contacto:
dannynamirezayerdiz@gmail.
com



María Paz Aner Scott
Licenciada en Ciencia Política
por Universidad de Buenos
Aires. Estudios de Maestría
en Derechos Humanos y
Democratización en América
Latina y el Caribe por la
Universidad Nacional de San
Martín. Contacto:
pazaner@gmail.com

Los privilegios y prestigio incuestionables de la universidad latinoamericana, devenidos de su rol como productora del conocimiento con máxima jerarquía y autoridad, podríamos decir que se ganaron progresivamente a medida que transcurrían los grandes hitos y adelantos de la modernidad científica presidida por Europa, merecidamente, desde Descartes. Sin embargo, esto no es tan claro. Esta institución y todas sus prerrogativas, las recibe a partir de un proceso en el que se insertará epistemológicamente y cuyos fundamentos controvertidos, esta universidad latinoamericana, no cuestiona suficientemente.

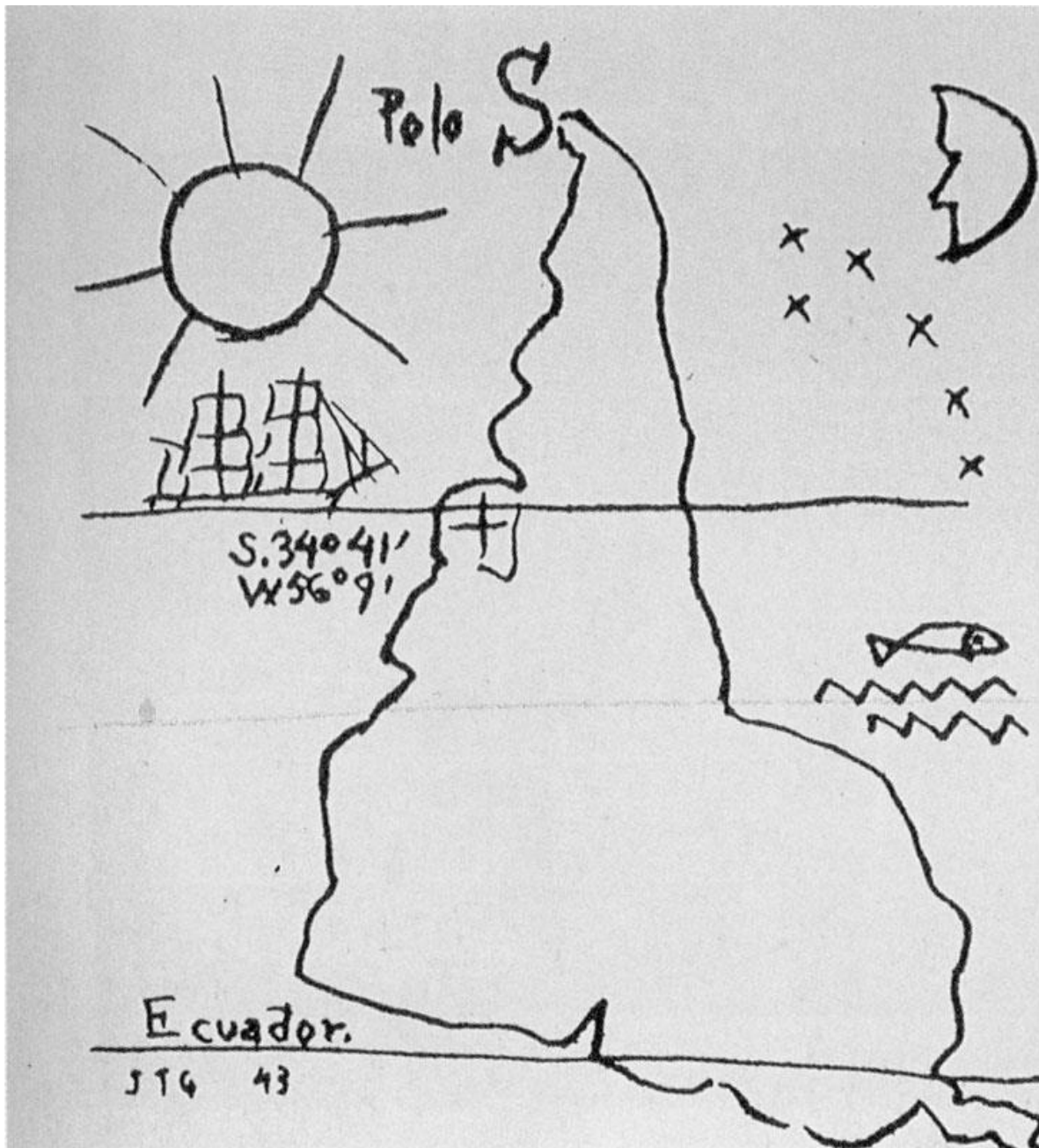
Ese proceso del que hablamos es la misma modernidad, pero no desde una perspectiva hasta hoy lo suficientemente hurgada. A nuestro entender, la modernidad es la matriz que el invasor difundió como un marco natural en la que Europa es la máxima explicación del proceso civilizatorio occidental. A la universidad le correspondió, en adelante, neutralizar, racionalizar y otorgarle una supuesta superioridad moral imparcial a este marco epistemológico que esconde la explicación de la disolución agresiva de otras formas no hegemónicas de producir el conocimiento.

La modernidad que se presenta como el producto racional y decantado de la Edad que lleva su nombre, no es un producto inminente cuyos antecedentes fluyeron desde los griegos, continuaron con Roma y se perfeccionaron con la Europa científica del siglo XVII. La modernidad, como explicación provinciana e inocente del avance civilizatorio que logra poner a Europa a la cabeza de las demás regiones -nos diría Dussel- no es más que la justificación “de una praxis irracional de violencia”. Constituye la matriz racionalizada de ese *nuevo* sistema/mundo/universo que configura el primer patrón hegemónico de ejercicio del poder con escalas planetarias: el capitalismo.

Este patrón hegemónico del poder se logra hacer del control de todas las regiones de la tierra mediante la imposición de las diversas formas de dominación, exterminio y genocidio cultural-epistémico posibles. Además, esta *primera globalización* es posible también a través de la disolución de diversos “mundos” anteriormente no conectados (Segato, 2010), para

¹ La autora y el autor quieren agradecer a Isbelia Ruiz Perdomo, Jerson Cerda Tijerino, Jenny Mora Paizano y Manuel Alejandro Sandoval por los comentarios, sugerencias y críticas de los primeros borradores de este trabajo.

unirlos todos en este ya mencionado primer *sistema/mundo/universo*, organizado en dos espacios geopolíticos claramente definidos: el centro del poder, Europa (y más tarde, Europa/Norteamérica) y la periferia de este centro, el patio adyacente: el resto del mundo.



colombiadesdeafuera.wordpress.com

Entonces, la unificación forzosa de lo que antes eran mundos indistintos en uno solo, dominado absolutamente por uno de “estos mundos”, se perfeccionará a través de un modo específico, de una racionalidad particular de producción-control de la subjetividad que acompañará al dominador en la elevación de su nuevo estatuto de superioridad política: el eurocentrismo. Este sistema de construcción mental tiene como objetivo central la naturalización de lo europeo como la medida y estándar de todos los aspectos de la vida de

las personas, incluido el monopolio de las maneras de obtener, entender e interpretar conocimiento, divididas y jerarquizadas, por supuesto, por el mismo europeo como “científico” y “empírico”.

El conocimiento de la periferia será, posteriormente, dudoso, apócrifo y cuando mucho, deuterocanónico, por ser elaborado por miembros que, desde la perspectiva de *la modernidad*, están contaminados por esas culturas del pasado que quedaron rezagadas en comparación con la siempre adelantadísima Europa. A pesar de que el europeo, en contradicción con este desprecio del conocimiento periférico, mientras pudo en la invasión/conquista/colonización, apropió aquellos descubrimientos culturales que le servían a los fines de la construcción de su nuevo sistema de dominación, el capitalismo y de su centro, Europa (Quijano, 2000, p. 209).

Paradójicamente, nuestras universidades latinoamericanas (que asumieron, en esencia, los modelos orgánico-epistemológicos europeos ante la imposibilidad de otros modelos propios), continúan tratando de simular, actuar y adaptar todas las lógicas en el marco de arquetipos que legitiman gran parte de las desigualdades generadas y eternizadas por el patrón hegemónico del poder vigente.

No obstante de este auto menosprecio cognitivo producido por el deber ajustarnos, desde las universidades, al patrón eurocéntrico-epistémico del conocimiento que nos excluye de la legitimidad científica, el propio capitalismo, como sistema de reproducción infinita de las desigualdades contemporáneas, ha ubicado a la universidad latinoamericana en un lugar donde ella aspira estar (al servicio de aquel sistema) pero que al final, irónicamente, no logra recordar, por ejemplo, el triste, frustrado y fallido discurso de la *alianza universidad-empresa* que De Sousa (2007) describe con seriedad en su *La universidad del Siglo XXI*.

Por lo tanto, es, pues, la universidad latinoamericana, la entidad eurocentrada que el capitalismo quiere que ella sea, a la medida de la importancia que América Latina tiene como región periférica del sistema-mundo en el aparato de control/monopolio universal del poder que, domina Europa/Norteamérica como centro de ese aparato.

Con el panorama descrito, en los siguientes apartados de este trabajo se explica, sin el mínimo deseo taxativo, la forma en que la universidad latinoamericana se encuentra inmersa en la modernidad eurocentrada. Como se notará a lo largo de este texto, nos parece bien hacer explícito en este momento que nos resulta contradictorio que la universidad de nuestra región sea latinoamericana y a la vez moderna *acríticamente*. Ante lo anterior, en otras secciones debatimos los dilemas que la universidad atraviesa actualmente producto de esta contradicción.

Finalmente, anotamos algunas situaciones contextuales que enfrentan a la universidad latinoamericana con esta modernidad que hoy exacerba la lógica mercadocéntrica como nunca antes en la historia. Por ello, adjuntamos algunas aproximaciones a propuestas decoloniales para comenzar a pensar alternativas a las inquietudes desarrolladas.



La modernidad es la vocación de disolución violenta de la herencia objetivada de los pueblos. / <http://www.cosmoservice.cl>

El problema de la eurocentridad y la modernidad

La disolución violenta de la herencia intelectual objetivada de los pueblos indígenas al momento de la conquista y la consiguiente anulación/inferiorización de cualquier conocimiento producido por ellos posteriormente, erigió a Europa como centro indiscutible de la producción científica, de sus métodos y de las maneras no cuestionadas para su elaboración. Sin embargo, Europa y sus centros intelectuales no se mundializaron solamente por la disolución violenta de la herencia intelectual objetivada o por la “campesinización” (Quijano, 2009, p. 209) a la que se obligó vivir a los pueblos indígenas que sobrevivieron al genocidio invasor. Esto fue posible también porque este mismo invasor destruyó sus universos simbólicos y las formas de producción y objetivización de la subjetividad y las suplantó por las suyas (*Ibíd*).

En adelante, la obra colonizadora no sólo sería en términos lingüísticos, políticos o económicos. Será, sobre todo, una colonización subjetiva a través del desarraigo/supresión cruel de toda identidad indiana-afro y su cambio por una nueva identidad fabricada por los europeos. El desarraigo/supresión es posible debido a la alteración de los sentidos de la vida por un sistema, que contrario a establecer a los colonizados en un sistema igualitario, los ubicó en una posición de inferioridad resignada, en el marco mismo de esa subjetividad implantada.

La nueva subjetividad fue articulada a través de la eurocentridad, una elaboración racional que estableció lo europeo, en todos los ámbitos de la vida secular, religiosa o científica y por lo tanto, como lo superior, válido y actual. Entonces, la inferioridad resignada provocó que América colonizada viviera en un constante anhelo de europeizarse a pesar de que su lugar,

en el modo de ver las cosas impuesto por el colonizador, sea siempre inferior o exótico. Condenada a seguir un patrón que a la vez la desprecia.

Entonces, la eurocentridad operó en modo tal que una vez disuelta la herencia intelectual objetivada de los pueblos invadidos, se establecieron las casas de educación en América con una obvia identidad que sus *iguales* en Europa. Sin embargo, el lugar en la legitimidad de producción del conocimiento mundial y la autoridad de la cientificidad americana nunca se igualó a la de Europa, sencillamente porque la *modernidad*, matriz general del pensamiento eurocéntrico, ubicó a Europa como la civilización, que al momento de la llamada colonización —y quizá desde los viajes invasores europeos hacia los *otros mundos*—, estaba en la vanguardia, “la más desarrollada y superior” (Dussel, 2000) en las demás índoles de la construcción de subjetividades, tanto en las relaciones intersubjetivas, como en las relaciones entre las distintas sociedades, dominadas o no. Mientras se imponía a través de la hegemonía comercial y la disolución cultural en distintos grados, Europa sentó las bases para que su propuesta intersubjetiva-racional le asegurara un papel preponderante como patrón civilizatorio ideal del resto del sistema-mundo perdurable, incluso, después de superados los colonialismos.

Así pues, la *modernidad* europea pasó a ser el paradigma y el marco tanto epistémico como ontológico de todo lo colonizado. No obstante, la modernidad nos ubica permanentemente en una realidad de colonización permanente. La lógica de que lo moderno es de aplicación universal porque supone la más alta elaboración humana racional/neutral posible, es en sí un disimulo. Pues esta universalidad debe aceptarse sin discutir como efecto tradicional y resultante de un proceso civilizatorio-racional-religioso que parte de la experiencia de Europa y se esparce al resto del sistema/mundo.

Sin embargo, esta universalidad preeminente no contempla el consentimiento de los mundos dominados. Tampoco es una universalidad que evolucionó y se posicionó al dejar atrás a otras experiencias racionales-cosmológicas que demostraron su inferioridad en el camino, ni una universalidad providencial por cristiana-occidental. Es una universalidad creada, constituida e impuesta desde un momento determinado cuando todos los demás mundos, fueron encauzados por la fuerza en uno sólo (Europa). Los demás mundos pasaron a formar parte de sus propios pasados arqueológicos en oposición a la *actualidad* de la modernidad europea, científica.

Por otro lado, contrario a la idea de que lo moderno fue el resultado de un transcurso de emancipación racional que inicia con Descartes (Castro-Gómez, 2007, pp. 81-82) desde lo científico, para nosotros, también, es una elaboración ideológica del conquistador europeo. Para Dussel, tanto la Reforma, la Ilustración, la Revolución Francesa y todos los demás hitos intraeuropeos sin los que hoy no podríamos explicar la *Historia Universal*, son el resultado de una legitimidad producida por la fuerza y ante todo, por la superioridad, en términos de violencia, del conquistador por encima de las civilizaciones disueltas.

Por tanto, es la modernidad, presentada como un proceso de racionalización (objetivización) de la realidad, la justificación razonada de cómo Europa se afirma como la culminación y cauce final del proceso civilizatorio, incluso de pueblos *pre-europeos* a los que ese pensamiento

moderno “obligó” a constituirse como antepasados o antecedentes secuenciales de su historia, pero que, en realidad, no tenían nada en común con la Europa “moderna”, propiamente dicha. Entonces, la modernidad como paradigma, en la que dicen estar y deliberar los sistemas de pensamiento de nuestras universidades (algunas afirmando haberlos superado), tiene un lado cruel no debatido por “naturalizado”: “la [m]odernidad es justificación de una praxis irracional de violencia” (Dussel, 2000, p. 48).

Una universidad periférica, imposibilitada de alcanzar los estándares de quienes crearon la medida de lo avanzado, sufre de una constante “violencia epistémica” (Pulido Tirado, 2009), que trata de explicar, deliberar y solucionar los problemas del subdesarrollo de su región, es una universidad en permanente colonización y reproductora del automenosprecio.

Sostenemos que la modernidad no es un paradigma racional, sólo por eurocéntrico, neutral, emancipador del pensamiento humano. El otro lado de la neutralidad racional de lo moderno, de su contenido oculto, de su otra cara no cuestionada, es su lado “mítico” que, en Dussel (2000), se explica así:

- 1) La civilización moderna se autocomprende como más desarrollada, superior (lo que significará sostener sin conciencia una posición ideológicamente eurocéntrica).
- 2) La superioridad obliga a desarrollar a los más primitivos, rudos, bárbaros, como exigencia moral.
- 3) El camino de dicho proceso educativo de desarrollo debe ser el seguido por Europa (es, de hecho, un desarrollo unilineal y a la europea, lo que determina, nuevamente sin conciencia alguna, la “falacia desarrollista”).
- 4) Como el bárbaro se opone al proceso civilizador, la praxis moderna debe ejercer en último caso la violencia si fuera necesario, para destruir los obstáculos de la tal modernización (la guerra justa colonial).
- 5) Esta dominación produce víctimas (de muy variadas maneras), violencia que es interpretada como un acto inevitable, y con el sentido cuasi-ritual de sacrificio; el héroe civilizador inviste a sus mismas víctimas del carácter de ser holocaustos de un sacrificio salvador (el indio colonizado, el esclavo africano, la mujer, la destrucción ecológica de la tierra, etcétera).
- 6) Para el moderno, el bárbaro tiene una “culpa” (el oponerse al proceso civilizador) que permite a la “Modernidad” presentarse no sólo como inocente sino como “emancipadora” de esa “culpa” de sus propias víctimas.
- 7) Por último, y por el carácter “civilizatorio” de la “Modernidad”, se interpretan como inevitables los sufrimientos o sacrificios (los costos) de la “modernización” de los otros pueblos “atrasados” (inmaduros), de las otras razas esclavizables, del otro sexo por débil, etcétera (p. 49).



"la [m]odernidad es justificación de una praxis irracional de violencia" (Dussel, 2000, p. 48) / todanoticia.com/

Si la modernidad, tal como lo hemos planteado, constituye un paradigma epistémico surgido de una praxis conquistadora que justifica y racionaliza la superioridad de Europa y la inferioridad de las demás regiones, ¿las universidades pueden seguir sosteniendo su base estructural en el marco de esta modernidad sin criticar a este mismo sistema del que se nutre? ¿Las universidades pueden continuar pensando que sus logros están producidas por lo moderno? ¿Puede haber un divorcio entre universidad y paradigma moderno? Son dilemas difíciles de superar, pero no difíciles de contestar. Nuestro primer objetivo es deliberar cuáles son los aspectos de este paradigma moderno que atraviesan a la universidad.

La universidad *moderna*

Según lo descrito previamente, la modernidad se presentó como el producto racionalizado y por tanto, objetivo y neutral de la vocación de conquista y colonialidad del invasor europeo. De este modo, existió la necesidad de que un sistema y una institución legitimaran la fuerza moral y la superioridad de las propuestas de dominación no declaradas abiertamente por la modernidad. Este sistema es el educativo y esta institución, la universidad. En adelante y desde la inauguración y consolidación del racionalismo, la universidad ocuparía un lugar privilegiado e indiscutible como fabricante y a la vez como vigía de la producción de los propios conocimientos circunscritos en la modernidad. Sea en la periferia o en la centralidad, la actividad universitaria gozará de incuestionabilidad, porque

en ella se origina el conocimiento con máxima jerarquía. Sobre esta función y privilegio, Castro-Gómez (2007) nos dice:

[...] la universidad es vista, no sólo como el lugar donde se produce el conocimiento que conduce al progreso moral o material de la sociedad, sino como el núcleo vigilante de esa legitimidad. En ambos modelos, la universidad funciona más o menos como el panóptico de Foucault, porque es concebida como una institución que establece las fronteras entre el conocimiento útil y el inútil, entre la *doxa* y la *episteme*, entre el conocimiento legítimo (es decir, el que goza de “validez científica”) y el conocimiento ilegítimo (p. 81).

Este lugar que se concede a la universidad como productora del pensamiento moderno científico, desde una visión relacional-estructural de las sociedad presente, podría pensarse como una posición como “merecida” o “bien lograda”. Sin embargo, imprime por sí una de las características más evidentes del proceso colonial: el carácter excluyente de cualquier otro sistema de pensamiento que no esté contenido en los estrechos márgenes epistémicos de la modernidad. Tal como el invasor no admitió otras cosmovisiones que la europea-cristiana, la universidad, como depositaria de la neutralidad científica-moderna, cumple con un papel permanente de colonialidad, de disciplinamiento, de estandarización de la sociedad.

Por otro lado, si la universidad es la única legitimadora para la realización del conocimiento científico y también es la vigilante de la legitimidad de ese conocimiento, es así cómo podemos ver explicado cierto *desprecio* y resistencia de la universidad hacia otras maneras de conocimiento no producidas, necesariamente, desde el rigor científico. En los pasillos universitarios es común escuchar: “el ciudadano de a pie que cree que...”, “el ciudadano común”, “el que no está educado”. Son frases que por sí parecen ser el efecto natural del que conoce y el que no. Con todo, es el producto de un epistemicidio permanente, que primero usó el conquistador para la disolución del conocimiento no eurocentrado, y que ahora, instituciones como la universidad, usan para la represión de otras formas de conocimiento impregnadas de lo empírico. De ahí se manifiesta, además, la gran necesidad de la modernidad, nos dice Segato (2010b), de “explicar esa otredad” que no es la hegemónica. En este caso, el otro es el que no *es científico o académico*.

Justamente, la universidad, desde su propia hegemonía, pretende interpretar, más que legitimar, el conocimiento producido, por ejemplo, por los pueblos indígenas que no se encuentran plenamente asimilados a nuestras sociedades. Esta es la universidad actuando desde la superioridad eurocéntrica-moderna de su privilegio, que estudia el *producto cultural* de estos pueblos desde lo moderno, que define y rehúsa para no dar la categoría de científico por no elaborarse desde la lógica occidental-universitaria desde lo moderno porque están atrasados con respecto a Occidente y sobre todo, de Europa/Norteamérica (Segato, 2010a, 2010b, 2011).

En este punto de la discusión es necesario pensar en el lugar de la universidad como productora de la *normalidad* moderna. Cuando Castro-Gómez le adjudica el papel de “núcleo vigilante de esa legitimidad” nos hace pensar lo que Segato (2010b) llama las características del “sujeto nativo” del “ágora de la modernidad” y el rol aplicado de la universidad en preservar la preeminencia de ese sujeto nativo. Si la universidad es parte de la modernidad y

por tanto, la vigilante de la legitimidad del conocimiento científico moderno, entonces también, patrulla y admite, quiénes son los llamados, capaces de entrar, permanecer y destacarse en ella. Este sujeto nativo *moderno*, para Segato (2010b, p. 19), cumple cinco requisitos: es hombre, es blanco, es *pater-familiae*-heterosexual, propietario y es letrado. Estos cinco requisitos, que juntos conforman una especie de *test de lo moderno*, son fundamentales para comprender las dimensiones abarcales de la modernidad como paradigma y cómo, al no estar dentro de ellas, se está excluido y se pasa a ser un sujeto “atípico”, la *otredad*.

Acceder a la educación superior ha sido siempre un privilegio aun con todo el esfuerzo que en los últimos años los gobiernos han realizado por mayores matrículas. Sin embargo, casos como las leyes de cuotas para estudiantes negros en Brasil o medidas para que las identidades transexuales ingresen sin discriminación a la universidad o la *transversalización del género*, tan en boga en el último decenio, dan cuenta que la universidad no sólo es reproductora de la parte “oculta” de la modernidad sino que también se evidencia la plena vigencia de esta especie de test del sujeto “moderno” de la que nos advierte Segato. ¿Hay igualdad de género en las universidades? ¿No existe machismo/violencia hacia la mujer/identidades sexuales no heteros? ¿Cuántos no blancos son parte de los claustros académicos/cuerpos de dirección? ¿Cuántas personas en situación de pobreza extrema logran acceder a ella? Sostenemos que, lamentablemente, la universidad es un reflejo de lo que la colonialidad/modernidad impuso como sujetos modélicos.

El dilema de la eurocentridad científica

Ahora, en una deliberación más desde la *episteme* y el *ontos* de lo que la universidad asume sobre su actividad disciplinar, pensamos en dos dilemas fundamentales.

El primero, es la acritica hacia los “orígenes” de las disciplinas. Cuando hablamos de acritica hacia los orígenes, nos referimos a la necesidad permanente de las universidades latinoamericanas de buscar la identidad de las disciplinas que enseñan, en la legitimidad científica europea/norteamericana. Castro-Gómez (2007) anota:

Las disciplinas construyen sus propios orígenes y escenifican el nacimiento de sus padres fundadores. En una palabra, las disciplinas construyen sus propias mitologías: Marx, Weber y Durkheim como padres de la sociología; “los griegos” como padres de la filosofía; Newton como padre de la física moderna, etc. [...] En prácticamente todos los currículos universitarios, las disciplinas tienen un canon propio que define cuáles autores se deben leer (las “autoridades” o los “clásicos”), cuáles temas son pertinentes y qué cosas deben ser conocidas por un estudiante que opta por estudiar esa disciplina (pp. 83-84).

Esta necesidad de ubicar *el origen* disciplinar en los *clásicos* europeos/norteamericanos o los supuestos antepasados, los griegos/romanos, evidencia por un lado, la efectividad del europeo en la disolución de la herencia intelectual objetivada de las pueblos aniquilados. La automatización de esta búsqueda en el pasado europeo/norteamericano o lo griego/romano

como fuente de toda ciencia, comprueba la anulación de cualquier nexo con nuestros pueblos indígenas. Por otro lado, esta exploración automática de *filiación científica* más allá del océano atlántico, también da cuenta del papel preponderante y central, que al igual que en otros aspectos de la vida-moderna, tiene Europa/Norteamérica en la universidad latinoamericana. Parece ser que esta preponderancia para explicar lo científico desde los paradigmas europeo/norteamericano le dan un tinte de universalidad a la ciencia. Sin embargo, confirman el carácter meramente de agencia de lo eurocéntrico que cumple hoy la universidad latinoamericana moderna.

Este dilema nos lleva a otras preocupaciones. Si la autoridad de los *padres, antepasados* o *fundadores* de las ciencias son siempre *pre-europeos*, europeos o norteamericanos, esto nos conduce pensar que la producción científica, los intereses, las áreas de investigación priorizadas por las universidades van estar siempre *colonizadas* en tanto que, quizá, no se corresponden con nuestras realidades y ratifica la persistente subalternidad con relación a la hegemonía de la actual centralidad del sistema/mundo.

El segundo dilema es mucho más crítico y desalentador. Si la modernidad atraviesa nuestras universidades y la eurocentridad coloniza a través de ella, ¿carece de identidad propia la universidad latinoamericana? Si el sustrato de la actividad disciplinar y el privilegio de ella como productora de conocimiento y como vigilante de su legitimidad se explica a través de su inserción como institución en lo moderno-eurocéntrico, podríamos afirmar que hay una crisis de identidad. Obviamente que esta crisis *existe* toda vez que la universidad latinoamericana se plantea como una institución comprometida con una crítica profunda del sistema-mundo moderno-eurocentrado en el que se circunscribe, pero que a la vez sigue actuando en los patrones y racionalidades delineadas por este sistema, o simplemente niega que este problema con el sistema-mundo, en verdad existe.

¿Puede separarse el *problema de la identidad latinoamericana* del problema de la modernidad? Llena de inquietud si la universidad proyecta crear investigación para la autodeterminación científica de los pueblos o luchar contra la desigualdad de cada país, siga planteándose desde las matrices modernas-coloniales. La universidad latinoamericana no puede seguir en el marco de un sistema que ubica a su región como periférica y que la coloniza permanentemente. Si aún hoy, cinco siglos después, Europa sigue siendo el punto preponderante de esa modernidad y de ese *desarrollo*, quiere decir que la universidad que se piensa inmersa desde esa modernidad, se auto violenta, ya sea porque antes y siempre, el conocimiento latinoamericano ha sido visto como apócrifo por aquella centralidad científica o porque ella misma ha decidido ser una agencia, una caja de resonancia de la cientificidad eurocéntrica. ¿Se puede plantear una universidad decolonial?



kiako-anichcomunicacion.blogspot.com.ar

Crisis de privilegios y un planteamiento decolonial

Como nos describe Boaventura de Sousa Santos, en su *La universidad del siglo XXI* (2007) la universidad, en los 90 del siglo pasado, entró en una grave crisis ante la definitiva mercantilización que sufrió el mundo. El capitalismo logró su planetarización absoluta y en consecuencia, el avance “veloz” de la ciencia y la técnica que requirió el sistema, dejó a la universidad, incluso en la centralidad, en esa grave crisis en cuanto a su razón de ser. Como explica Lyotard, citado por Castro-Gómez, la universidad es la llamada, por un lado, a producir la ciencia, la técnica y el conocimiento para el pueblo, es decir, el progreso científico y por otro, llamada a fomentar el progreso moral de las naciones al formar líderes capaces de educar y gobernar a las sociedades.

Sin embargo, con la hegemonía del neoliberalismo y su despolitización-tecnificación-comercialización de todos los ámbitos de la existencia social, la universidad dejó de ser, en gran medida, “productora” de ciencia, técnica y conocimiento y de líderes sociales. Entonces, la crisis de sus privilegios y el papel de la universidad, en esta planetarización absoluta de lo comercial, por encima de cualquier otra relación de la vida, planteó una especie de anquilosamiento existencial. Ahora, el mismo mercado produce su propio conocimiento (Castro-Gómez, 2007, p. 85), ya sea en sus empresas o en universidades creadas justamente por los círculos empresariales.

La modernidad que, supuestamente nació con esa vocación humanizante heredada de la racionalidad-Ilustración, se convirtió en una modernidad absolutamente comercial y prescindió de las “humanidades”. En ese apuro, señala De Sousa Santos, las universidades tradicionales corrieron para ajustarse a las necesidades del mercado, las mismas que antes habían debatido la separación “del comercio” y “lo humano”.

Entonces, surgieron nuevas estrategias de las universidades para atraer al mercado: *alianza-universidad-empresa*, universidades *que responden* a los planes de desarrollo de los países, universidades que abrieron carreras con “énfasis” en comercio. Es decir, la mercantilización de lo humano, desde lo universitario. Una vez más la universidad demostró estar plenamente integrada en los engranajes de la modernidad y sus necesidades. Sin embargo, en esta ocasión, la modernidad, ahora más mercadocéntrica que nunca, no ha vuelto sus ojos a la universidad. Esto lo manifiesta la desfinanciación que viven muchas universidades por parte de los Estados que prefieren dirigir su inversión hacia “la innovación empresarial” de la iniciativa privada y también las frustraciones reiterativas de esa endeble e ilusoria alianza empresa-universidad tradicional. Obviamente, no a todas las universidades les fue tan mal en su alienación con el mercado.

No obstante, en este momento, el más crítico de la universidad latinoamericana en cuanto a su identidad, es el más importante para su decolonización. Nos referimos a decolonizar con la desarticulación material y principalmente, racional, de todas las desigualdades históricas producidas por la configuración excluyente de las sociedades político-económicas latinoamericanas y por consiguiente, el replanteamiento, en este caso, de la universidad, como un espacio popular que conlleve a la construcción de una sociedad política que progresivamente haga salir de sí formas y mecanismos que son ajenos a nuestras realidades –como la democracia liberal oligárquica- y nos acerque gradualmente a formas de organización más “nuestras”. Una autodeterminación del sur, cuestionadora de las formas tradicionales de exclusión de lo popular.

Entonces, la *decolonialidad en la universidad* es romper el paradigma epistemológico que nos obliga desde el sur a seguir al norte geopolítico como eje de nuestra construcción científica y académica y por esta vía desembocar, al fin de cuentas, en el capitalismo. Es pues la decolonialidad un mecanismo de democratización del espacio educativo toda vez que éste está construido sobre las bases racionales, sobre una epistemología desalineada con el capitalismo hegemónico, es decir, con todo dispositivo de exclusión social. Una universidad desde el sur, es una universidad que rescata, que teoriza desde nuestras propias construcciones históricas, científicas, económicas y que pone en duda toda racionalidad que pretenda obligarnos a ver a la eurocentridad académica como la conclusión universal de lo académico, si se quiere así decir.

Por lo tanto, esta universidad decolonial es una que deconstruye las bases de su epistemología colonial-moderna. Pensamos de modo tal que si la hegemonía del mercado y la sustracción de sus privilegios fundados por la modernidad misma para la universidad, la han ubicado en un papel a veces innecesario, es porque este mismo sistema castiga así a quienes no le son *per se* funcionales en las medidas esperadas.

Decolonizar la universidad hoy implica un acto de deconstrucción en todos sus sentidos. La modernidad como paradigma es de permanente exclusión, aunque pareciera que no es así. Una universidad que busca su propia identidad en el pasado que esa propia modernidad disolvió por inferior, es una universidad decolonial. La universidad decolonial debería tener como objetivo principal la legitimización (Castro-Gómez, 2007, p. 90) de aquello que el eurocentrismo planteó como *otredad cultural* y le arrebató lo histórico y le dio un carácter

mítico (Segato, 2011). Nos referimos a las cosmologías, sistemas de pensamiento, de producción de conocimiento y el entendimiento de los mundos de nuestros pueblos indígenas. Ni pasado ni mítico ni prehistórico. A la universidad latinoamericana corresponde la reivindicación del conocimiento indígena. Volver los ojos al sur que siempre nos acogió en lugar del norte que nos explotó y menospreció nuestras formas de conocimiento, inclusive, cuando se eurocentraron siempre.

Por otro lado, la decolonialidad de la universidad abarca cómo ella misma se explica con relación a los demás actores sociales. La superioridad y su carácter excluyente en aplicación de los requisitos del *sujeto nativo moderno* del que nos habla Segato, debe dar lugar a una universidad incluyente, parte del pueblo y no que “representa” al pueblo. Por otro lado, en el ámbito de la decolonialidad del poder, la universidad latinoamericana debe replantearse su papel legitimador de los sistemas eurocéntricos políticos. El republicanismo liberal, el marxismo en su estado más puro o la socialdemocracia en su estado más reactivo, no pueden seguir siendo predicadas sin mayores críticas por nuestras facultades.

Es momento de pensar y convocar formas propias de reivindicar a la pluralidad nacional por encima de la unicidad monolítica del Estado-Nación. De establecer y desarrollar al sur como campo epistemológico propio en oposición del norte. De abrirse hacia otros aspectos que la perspectiva hegemónica de la ciencia condenó a la subjetividad, como los sentidos, la corporalidad, el sentido común, las vivencias diarias, la intimidad, la corporalidad (Castro-Gómez, 2007, p. 90). Una universidad comprometida con poner origen a los ejes desencadenantes de la desigualdad, la pobreza y la subalternancia económica de nuestros países, con la reivindicación de los procesos de memoria.

Las disciplinas deben estar orientadas hacia la crítica abierta de las matrices plutocráticas y depredadoras del capitalismo sin miedo alguno, hacia la crítica del sistema de mercado generador de todas las exclusiones actuales. Hacia la búsqueda de nuestras propias identidades y de nuestras propias subjetividades. Una universidad abierta a la auditoría de la sociedad, que abandone los discursos hegemónicos del éxito y la meritocracia.

Finalmente, citando una vez más a Castro-Gómez, no se trata de una cruzada contra lo Occidental “[...] en nombre de algún tipo de autoctonismo latinoamericanista, de culturalismos etnocéntricos y de nacionalismos populistas, como suelen creer algunos”. Se trata de: (1) replantear, en nuestra opinión, el papel de la universidad en la producción-reproducción de la desigualdad y la exclusión social en su carácter de institución fundada en el seno de la modernidad; (2) revisar críticamente la contradicción de ser una universidad latinoamericana y ser a la vez una universidad que navega en la modernidad eurocéntrica; (3) inspeccionar críticamente la violencia epistémica que la centralidad científica ejerce contra la universidad latinoamericana; (4) cuestionar la alta dependencia de la autoridad eurocéntrica que requieren nuestros planteamientos científicos para su mera validez y (5) pensar si es posible contribuir la cuestión de la subalternidad de la identidad latinoamericana impuesta desde la centralidad mediante la contradicción de seguir siendo una entidad de educación marcadamente eurocentrada.

Bibliografía

- Castro-Gómez, S. (2007). Decolonizar la universidad. La hybris del punto cero y el diálogo de saberes en *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica. Más allá del capitalismo global* (pp. 79-91). Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- Dussel, E. (2000). Europa, modernidad y eurocentrismo en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (41-52). Buenos Aires: CLACSO.
- Pulido Tirado, G. (2009). Violencia epistémica y descolonización del conocimiento, *Sociocriticism*. XXIV (1, 2), 173-200.
- Quijano A.
- (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (201-246). Buenos Aires: CLACSO.
- (2014). Colonialidad del poder y clasificación social en *Cuestiones y Horizontes. Antología esencial. De la Dependencia Histórico-Estructural a la Colonialidad/Descolonialidad del Poder* (285-327). Buenos Aires: CLACSO.
- Segato, R. L.
- (2010). Los cauces profundos de la raza latinoamericana: una relectura del mestizaje en *Crítica y emancipación. Revista latinoamericana de Ciencias Sociales*. CLACSO, II (3), 11-44.
- (2010). Género y decolonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico decolonial. Lima: Universidad Ricardo Palma-Cátedra América Latina y Colonialidad del poder.
- (2011). Que cada pueblo teja los hilos de su historia en *Justicia y Diversidad en América Latina: pueblos indígenas ante la globalización* (357-381). Quito: FLACSO-CIESAS.